

dido le ha salido bien, y en su leal energía de hombre desinteresado, no ha visto más que el lado glorioso de una empresa, en que creyó al principio que solo se trataba de favorecer á sus nacionales y de pacificar á un país devorado por la guerra civil.

Desgraciadamente no descubrió la red hábilmente tendida á su política, y nada ha podido contener la marcha falsa de este gobierno, desde el día en que un ministro imprudente entonó en la tribuna la canción que siempre halaga nuestros oídos, si en ella se mezclan las palabras de Francia, valor, guerra, laureles, gloria, victoria, etc. Hé aquí por qué hemos desperdiciado ya ciento cincuenta millones. Y todavía si se supiera lo que ha de suceder; pero nada de eso, vamos en pos de lo desconocido á tres mil léguas de la madre patria, y con la probabilidad de que México no haya olvidado que sus ascendientes los españoles derrotaron á Napoleon el grande y comenzaron los desastres que lo perdieron en 808 y 809, con sus feroces guerrilleros, haciendo de cada hombre y de cada mujer un enemigo encarnizado, terrible y misterioso, una hidra siempre renaciente, siempre destructora. Dios sabe si el terreno es favorable á los mexicanos para una guerra de esta clase; pero con perseverancia, patriotismo y union, harán que se reconozca, aunque demasiado tarde, que solo triunfa la causa apoyada en la justicia y en la legalidad.

Jalapa será ocupada para proteger el triángulo que sirva de base á las operaciones. Despues entraremos á Perote, á Puebla, á México, demoslo por cierto; pero entonces cuando nuestro ejército esté á cuatrocientos kilómetros de Veracruz, ¿será bastante fuerte para resistir á un movimiento de defensa, si es patriótico y general, y si las poblaciones se agrupan en torno del poder que empuña la bandera de la independencia y de la libertad?

¿Qué lección para las otras repúblicas de América!

Es de desear que cese esta agresion, pues si se prolonga será la ruina de la Francia y de los países á quienes ella se empeña en proteger.

EXTRACTOS DE LA PRENSA ESPAÑOLA.

La Discusion de Madrid:

«Octubre 2.—La cuestion de México está cada día más embrollada. Las célebres satisfacciones del emperador no existen, y

el gobierno las sabe, y por eso no las publica, ni las publicará, hasta tanto que el Sr. Posada Herrera pueda traducirlas á su peculiar sofistería. El general Prim prepara un discurso formidable que hará saltar en mil pedazos muchos bastiones de esta situacion. El general D. José de la Concha vendrá de Paris armado de punta en blanco, á pronunciar un discurso contra el general Prim. Al mismo tiempo, en torno de los Conchas se irán agrupando los Mones, los Cánovas, los Armeros, los Ríos Rosas, y nacerá una nueva agrupacion dentro del cóncave ministerial, fecundada por las palabras y las ideas de la *Epoca*. Mientras esto sucede en España, el imperio hace sus aprestos; sesenta mil hombres van á México, la antigua tierra española se ve violada por los soldados extranjeros; nuestros compatriotas no tienen proteccion, de continuo injuriados por el partido francés y la fatal influencia napoleónica se extiende como un cáncer por nuestras antiguas colonias. No hay *imbroglio* que se parezca á éste. La cuestion de Mexico será el Waterloo de D. Leopoldo, y el Santa Elena de D. Saturnino. ¡Digno Waterloo y digna Santa Elena de tales Napoleones!»

«Octubre 5.—La union liberal no ha hecho nada por nuestro porvenir en América, tierra donde tenemos abierto un campo inmenso, á nuestra actividad. Ha descuidado establecer relaciones comerciales, tratados de propiedad literaria, correos en aquellas apartadas regiones que aún llevan el sello del espíritu de la madre patria. Ha sostenido en México el elemento militar que consume sus fuerzas, el elemento teocrático que devora su inteligencia. Ha demostrado que todavía somos el país de los viejos principios, cuando debia demostrar nuestra regeneracion y nuestra libertad. Ha auxiliado al hombre funesto que quiere domeñar la Europa, para que llevara sus armas al suelo sagrado, que fué un día parte de la patria. Ha consentido que las autoridades de Cuba se mostraran descaradamente partidarias de Francia. Ha hecho más: como si no tuviéramos nacionalidad; como si nuestra rica colonia americana fuera una provincia, un departamento francés, ha consentido que los pasaportes para pasar desde Cuba á México, no se dieran sino con anuencia del cónsul francés, extremo de adulacion que ha rechazado indignada la conciencia pública.»

«Octubre 9.—La cuestion de México presenta nuevas fases. Cuantos creían que en un instante iban á derribar el gobierno republicano de Juarez, han sufrido un

triste y verdadero desengaño. El gobierno de Juarez subsiste y subsistirá, por que es la expresion de la voluntad nacional. Aunque las asambleas le han decretado la dictadura por hallarse el país en guerra con el extranjero, Juarez no ha querido ejercerla. Provincias lejanas se han sometido al gobierno. Los diputados le apoyan, y no habrá rencilla alguna entre ellos mientras dure la revolucion del territorio. Algunos bandidos, y sólo bandidos, se han unido á los franceses y han empuñado sus odiosas armas. La voluntad nacional no puede estar más clara, y el gobierno español sigue siendo favorable á la intervencion francesa. Y aunque ha aprobado la conducta de Prim, está dispuesto á prestar auxilio á una de las mayores iniquidades que registra la historia. Esta es la verdad, digan lo que quieran los aduladores ministeriales.»

«Octubre 10.—La cuestion de México vuelve á resucitar; la cuestion de México, la más grave y trascendental que preocupa al gobierno. Se reanudarán las conferencias en Paris, segun la *Correspondencia*, cuando vuelva el emperador; segun la *Epoca*, cuando el ejército francés esté en la capital de la República. De suerte que veremos á España ir á sancionar la expedicion francesa, y contribuir á la ruina de nuestra raza en América. Cuanto más miramos esta cuestion de México, ménos la comprendemos, ó mejor dicho, sabemos lo que quieren los mexicanos; pero lo que no sabemos ni hemos podido averiguar aún, es lo que quiere el gobierno español. ¡Ah! este gobierno lo que quiere es vivir, gozar, divertirse, repartir el presupuesto del personal entre sus amigos, y rueda la bola, y viva el epicureismo político. ¡Que ignominia!»

«Octubre 11.—La cuestion indudablemente más grave de cuantas preocupan al mundo político, es la cuestion de México. Nosotros no podemos renunciar á nuestro influjo allí, á nuestra gran preponderancia, porque es lo mismo que suicidarnos. Y sin embargo, hemos renunciado, y hemos renunciado de una manera verdaderamente insólita, verdaderamente estúpida. El gobierno español, sin prever las fatales ambiciones de Francia, sin sentir sus cábalas, sin adivinar que se ocultaba tras la expedicion á México el plan de constituir la preponderancia de Francia en aquellas apartadas regiones, sirvió de guardia, de custodia á los que iban á herir nuestros intereses! Naturalmente resultó lo que de-

bia resultar, que al poco tiempo se conoció la urdidumbre, porque descaradamente los franceses rompieron negociaciones, saltaron sobre los tratados, y descubrieron su pensamiento de arraigar fuertemente en la República mexicana una política reaccionaria. Nos retiramos; hicimos bien; pero ya tarde, porque lo acertado hubiera sido no haber ido á empañar allí nuestro nombre, haciéndonos cómplices de la injustificada agresion francesa.

Para colmo de males, el embajador que habia concertado la expedicion, renuncia su puesto. El gobierno manda un nuevo embajador fuera de sazón. Este se presenta, y es recibido con palabras gravísimas que han escandalizado á toda Europa. El embajador baja la frente, devora esas palabras, que son verdaderamente insultos, terribles en su forma, sangrientos en sus intenciones. Dicen los periódicos ministeriales que se han dado satisfacciones; pero las hemos pedido un día y otro porque deseábamos verlas, y no las hemos visto, y nuestra nacion nada ha traído de México, nada sino gran rebajamiento, gran vergüenza, y graves complicaciones para sus naturales allí, oprimidos por los franceses, para su gobierno aquí, hostigado por el gobierno frances. Y segun lo que vemos, las negociaciones continúan; pero que negociaciones! Véanse las siguientes tristísimas noticias, y consideren nuestros lectores todas las reflexiones á que indudablemente dan lugar, reflexiones lastimosas que encienden de rubor, de vergüenza nuestras mejillas. Hablan los enterados corresponsales del *Diario de Barcelona* en cartas que son verdaderamente ministeriales.

Hé aquí un párrafo de una de sus cartas:

«Lo importante en esta cuestion de México, lo que verdaderamente interesa al país, lo que tiene en expectativa á los amantes de las glorias españolas y á los que se interesan en el porvenir de nuestra patria, es la negociacion que sigue en Paris el conde de la Habana. ¿Qué es de nuestras reclamaciones en México? ¿Quién las sostiene? ¿Qué será de nuestra influencia moral en aquellos países? ¿Qué garantías se nos conceden, reconocidos nuestros derechos? ¿Cómo se reanuda lo roto en la conferencia de Orizaba? Esto es lo vital.

«Las noticias de Paris son desconsoladoras: las proposiciones del general Concha, han sido consideradas como inadmisibles por Thouvenel, así como el marqués de la Habana no ha pedido aceptar lo que se le indicaba por el ministro frances.»

Copiamos el párrafo anterior, solo para que se vea cuán poco satisfechos están los ministeriales, de las gestiones diplomáticas de París. En cuanto á lo de las proposiciones hechas, no creemos que esté muy enterado el corresponsal madrileño. Algo mejor lo está, en nuestra opinion, el diario francés, de quien copiamos la carta del conde de Reus al duque de la Torre.

Dice así:

"Entre tanto Concha no adelanta en París. Personalmente está de acuerdo con Mr. Thouvenel, y más de una vez han convenido en las bases de una acción combinada en México; pero cuando se ha tratado de formularlas por escrito, dice que no ha recibido instrucciones.

Tengo por cierto que el general Concha continuará en París hasta la apertura de las cortes, y que entonces regresará á Madrid para tomar parte en las deliberaciones del Senado. Cuando el general Forey entre en México, se hará un arreglo cualquiera para salvar las apariencias."

La cuestión de México no se puede arreglar ni ahora ni nunca por el gobierno. Para arreglarla de una manera satisfactoria, sería necesario tener un criterio, y el gobierno español no tiene criterio que lo ilumine. Podía unirse á la política francesa y auxiliaria en su empeño de aherrar la República mexicana. Esto no es posible, porque la retirada de Orizaba se lo impide. Podría oponerse á la invasión francesa, protestar enérgicamente contra ella, ofrecer su poderosa mediación para concluir las diferencias de México con Europa. Esto no es posible, porque con la política seguida por sus autoridades de Cuba, se ha atado las manos para poder obrar en pró de nuestra preponderancia en América. Podría seguir varios caminos, pero es imposible andar por el mundo político sin la guía de un criterio superior, como es imposible surcar las aguas sin el auxilio de un timón. Y la cuestión de México se levanta amenazadora, y la República se percibe á una guerra, y las tropas del imperio cruzan los mares, y Napoleon, hoy altivo, lo será mucho más mañana, cuando haya triunfado incondicional y definitivamente de México. Y entonces, ¡Dios sabe las catástrofes que nos esperan! Y el país sabe que de estas catástrofes, el único responsable es el débil, el torpe ministerio del general O'Donnell.

Octubre 18.—La *Epoca* publica anoche á última hora las siguientes líneas:

"Recibimos cartas de París en que se

nos dice que solo se esperaba una contestación desde México del general Forey para anunciar una determinación gravísima respecto de México: esperamos nuevos pormenores en confirmación de una noticia sobre la cual no seremos hoy más explícitos, pero que nos ha afectado dolorosamente."

Las anteriores palabras son comentadas por algunos diarios en estos terminos:

El *Diario español* dice, ántes de insertar los renglones de la *Epoca*:

"Con referencia á cartas de París, han circulado ayer graves rumores sobre los asuntos de México. Decíase que tan pronto como se reciba la noticia de la entrada de Forey á la capital de la República, pasará el gobierno francés una nota á las potencias europeas, manifestándoles su resolución de reducir aquel país á una colonia de Francia. Acojamos estos rumores con la mayor reserva, no ocultando, sin embargo, que semejante paso podría traer consecuencias trascendentales."

El *Eco del País*, periódico ministerial, como el *Diario Español*, corrobora los rumores de su compañero en esta forma:

"Hemos recibido hoy la primera correspondencia de nuestro ilustrado corresponsal de París. La severidad de su carácter, la posición que ocupa, y sus íntimas relaciones con personajes de los que inspiran mayor confianza al emperador, nos obligan á tener por muy verídicas sus noticias, y muy importantes sus apreciaciones. Son éstas, sin embargo, de tal gravedad en la carta que tenemos á la vista, que no nos atrevemos á darlas al público hasta que recibamos contestación á las preguntas que por este correo le dirigimos. Se refieren estas noticias á las intenciones de Francia en México, haciéndose depender, sin embargo, la determinación que se nos anuncia, de las que comunique el general Forey, y abrigamos la esperanza de que no han de ser favorables al propósito; pero aun así, no queremos creer que éste se realice, porque á nuestro juicio, es contrario á los intereses de la Francia, por más que halague su vanidad, y ante la historia mañana, y ante el tribunal de todos los pueblos hoy, comprometería la lealtad del gobierno que dirige los destinos de esa importante y noble nación."

El *Contemporáneo*, despues de transcribir el suelto de la *Epoca*, dice:

"Afectarse dolorosamente por una determinación del gobierno francés un periódico ministerial, partidario de la política

francesa en México, es cosa que nos ha puesto sobre ascuas.

"Si nosotros fuéramos amigos del embajador, conoceríamos á fondo esas noticias; pero así, no hay mas que aguardar á que nos lleguen por el conducto ordinario cuando Dios quiera."

La *España*, por su parte, estampa las siguientes consideraciones:

"Las noticias á que se refiere la *Epoca*, han circulado ayer por Madrid, pero con crédito muy dudoso. Se ha dicho que el emperador quiere hacer de México un vi-reinato francés, nombrando virey al príncipe Napoleon.

"No dejamos de creerlo porque no quepa esta nueva ambición en la política imperial. Una cosa semejante á ese proyecto apareció poco despues de la candidatura del archiduque Maximiliano. La idea no es nueva, y á ella se quiso tal vez que ayudáramos con nuestras armas y con nuestra influencia, como estamos ayudando al engrandecimiento de Francia en Cochinchina. Por lo que ahora se nos resiste la noticia, es porque el emperador ha tocado las dificultades que en México se oponen á sus proyectos; porque la Francia, aunque por de pronto consiga realizar el intento que se le atribuye, debe saber que no puede consolidarlo. El imperio no está para aventuras tan lejanas, tan costosas y tan injustas."

El *Reino*, despues de insertar los precedentes trozos, recuerda con razon á los periódicos ministeriales sus predicciones, haciéndoles ver lo torpemente que se han engañado.

Por nuestra parte nos abstenemos de todo comentario. Si rumores tan graves se confirmasen, entonces diríamos al país con lealtad y con franqueza, lo que en coyuntura tan grave conviene á su deseo, á su dignidad y á su honra. Tenemos afortunadamente este profundo é inalterable convencimiento: que si el gobierno comete falta sobre falta, la nación las enmendará todas en su día.

Noviembre 2.—El mar de la situación española anda encrespado y amenazando tormenta. Para que se comprenda todo lo que guarda bajo su aparente tranquilidad, haremos una breve reseña de los sucesos. La cuestión magna es la cuestión de México. Esta, no solamente es una cuestión española, es también una cuestión europea y no solamente es una cuestión europea, es una cuestión universal. Por un lado toca á nuestras relaciones con Francia; por otro lado toca á nuestro porvenir en

América. Por un lado de su solución depende todavía saber si tenemos ó no una política independiente; y por otro, de su solución depende saber si estamos ó no decididos á sostener los intereses, los derechos y la política de nuestra raza en América. Napoleon no se contentó con tener Europa preocupada, Alemania turbada, Inglaterra recelosa, Polonia conmovida, Hungría casi en armas, el Oriente en guerra, el Papa trémulo, Italia en el tormento de Tántalo; le parecieron aún livianos accidentes de su política, y se decidió á llevar los bienes del imperio á la tierra de lo porvenir, á la tierra de la libertad, á la tierra donde Dios ha extendido una gran naturaleza para que sea digna del espíritu emancipado, á la América, y asoció á España á su política. No fuimos á América como íbamos en el siglo pasado, á auxiliar á los pueblos del Norte que se alzaban por su independencia, y que escribían la primera declaración de los derechos del hombre; fuimos á llevarles una monarquía, á enclavarlos en la picota de un gobierno opresor impuesto por extranjeras bayonetas.

El representante de España en esta expedición desastrosa, comprendió lo que muchas veces habíamos dicho nosotros, lo que habíamos repetido en nuestros artículos y en nuestras correspondencias á América; comprendió que Francia pretendía sacar en esta expedición la parte del León. Y se retiró, y le retiró su concurso. A consecuencia de esta retirada el gobierno francés sufrió una derrota, cuya afrenta no ha podido aun borrar, con mengua suya, y quebrantamiento de su crédito en toda Europa.

Pero esto ha producido dentro de la situación actual dos partidos que se desgarran mutuamente. Uno de ellos quiere que nos unamos en política con Francia, y la auxiliemos á crucificar á América. El otro quiere que sigamos con América una política verdaderamente española; que reconozcamos siempre que la raza hispano-americana es nuestra hija. Sus compromisos políticos parece como que ligan al gobierno con esta política, que él aprobó solemnemente en las cortes. Pero al mismo tiempo los hombres más importantes de la situación, los Conchas, los Mones, los Serranos, son enemigos de la política que ha aprobado el gobierno. ¡Caso raro! Si el gobierno sigue la política de la alianza con Francia, el gobierno falta á sus compromisos y pierde toda autoridad. Si el gobierno sigue la política española, pierde sus

más fuertes columnas, y la situación se derrumba. Porque es de notar que esta situación ha perdido mucha gente; Pacheco, Pastor Diaz, Rios Rosas, Roda, Cantero, Alvarez, Laserna; sus primeros oradores, sus primeros estadistas. Si ahora el gobierno se desaviene de los generales después de haber perdido el nervio de su idea, pierde el nervio de su fuerza. Y no hay medio, la situación que no se puede sostener por la voluntad de un solo hombre, se viene a tierra.

Hé aquí como el general O'Donnell pagó bien cara su política. No ha querido aliarse á este pueblo español, tan noble como generoso; no ha querido escuchar la opinión pública siempre sensata, y ahora se encuentra perdido, y perdido por bajas intrigas y mezquinas cábalas, y no puede apelar ni al pueblo, ni á la opinión para que le sostengan. Podrá salir de esta crisis, pero saldrá quebrantado y sin fuerzas para sostener el poder, que se le cae de las manos por su propio peso.

"Noviembre 7.—Leemos en un periódico de la noche lo siguiente:

"El general Forey, inmediatamente después de su llegada á Veracruz, condecoró á un oficial y varios individuos del ejército, recompensados por sus buenos servicios. Con este motivo, colocado en el centro de la plaza, pronunció una alocución alusiva al acto, y elogió el valor de los pocos que allí han sostenido el esplendor de las armas francesas. Dijo que iba á dar paz y felicidad á aquel país desgraciado.

Habló de Juarez como de la calamidad más deplorable; dijo que no iba á imponer gobierno alguno, sino el que el pueblo quisiera darse; que tomaría á Puebla y enarbolaría el estandarte del imperio en México; que para ello le seguían 25, 50, 100 ó 200 mil hombres. Que esta era la voluntad del emperador."

¡Qué cosas tienen los franceses! ¿Pues no dice el general de división y senador Forey, que va á dar paz y felicidad al pueblo mexicano? Sin duda el futuro mariscal del imperio se acordó de aquellas célebres palabras de su augusto amo: *El imperio es la paz*. Y como á ellas ó poco después han seguido la guerra de Crimea, la de Italia, la de China y otras pequeñeces, el buen general ha creído lo mas oportuno para atraerse la voluntad de los mexicanos, hablarles de paz al frente de una porción de cañones y de hombres y de buques.

Pero como esto no habia de satisfacerles, allá va otra prueba de la sinceridad francesa. Vuestro gobierno actual es la ca-

lamidad mas deplorable; yo no vengo á imponer gobierno alguno; sin embargo, tomaré á Puebla y luego á México, con 25, 50, 100 ó 200,000 franceses, según la voluntad del emperador. La última parte está por ver, y eso de los 100 ó 200,000 hombres, parécenos muy vistoso en el papel, pero en el terreno de México lo creemos difícil, con permiso de S. M. I., de su adicto servidor y de Mr. Fould, que se habrá frotado las manos de gusto al leer los buenos ánimos del general.

Además, si el emperador francés no quiere imponer gobierno á los mexicanos, ¿por qué intenta quitarles el que tienen? Esa calamidad tan deplorable fué constituida por la voluntad del pueblo mexicano, y á pesar de las excitaciones exteriores, á pesar de las proclamas de Almonte y otros buenos patriotas, á pesar también de la invasión extranjera contra dicho poder y gobierno, aún los mexicanos no han decidido su caída, ántes bien le ayudan y sostienen como al símbolo de su independencia, que la Francia procura destruir.

Seguramente los mexicanos habrán oído con gusto las palabras del general senador; pero dirán para su colete: *eres turco*.

Vamos, hace algunos días que la *Esperanza* está dejada de las manos de Dios, que no sabe lo que dice. Nos echa en cara que no hemos protestado contra el célebre atentado cometido por un buque de los Estados-Unidos en mares españolas; y como á nosotros nunca nos dolieron prendas, decimos que es necesario exigir una reparación pronta y satisfactoria. Luego dice que si el tratado de Londres no tenia por objeto cambiar el gobierno de Juarez, ¿por qué lo combatimos? Lo combatimos porque tenia por objeto violar el territorio de un país libre, y nosotros nos oponemos siempre á estas violaciones. Sí, todos cuantos agravios nos habian inferido los mexicanos, todos podian ser objeto de transacciones diplomáticas. La expedición á México era innecesaria.

Si de esto pudiera quedar alguna duda, la retirada de Orizaba lo demostraría claramente. Sí, la violación de aquel territorio fué injusta en su origen, violenta, fatal para España. Ir en són de guerra á América, era una grave falta. Ir á México con Francia é Inglaterra, era una gran torpeza. Ah! la *Esperanza*, no sabiendo cómo darnos una pesadumbre, nos dice que la democracia va de vencida. ¡Qué serie de demócratas, Francisco II, el rey Othon, el duque de Módena y Antonelli!

Francamente, no comprendemos cómo la *Esperanza* tiene tan buen humor. Los conflictos del absolutismo y sus desgracias, debian apenarla si su fé fuera más viva. Se conoce que se ha oxidado también con el oxígeno del espíritu de nuestro siglo.

Noviembre 12.—La proclama dada por el general Forey en México, nos ha causado pena honda y amarguísima. Los franceses, que nada tienen que ver en América, que nada han hecho por su civilización, han concluido por arrancarnos allí nuestra influencia, por plantar allí su bandera. Sin que las potencias europeas protesten, sin que las naciones signatarias del tratado de Londres hablen, sin que las Repúblicas americanas se unieran al general Forey, dispone de la administración, del gobierno, de la propiedad nacional como un pueblo conquistado. Este grande acto de iniquidad se consuma en nuestro antiguo territorio, donde aún se oye el habla española, cerca de nuestras colonias, y después de haberse roto únicamente por el imperio un tratado hecho entre naciones que debian tener interés en conservarlo.

Nosotros esperamos, confiamos nosotros que el imperio que tan desatentadamente se ha dado á matar una República, á ahogar una gran nacionalidad, ha de tener un castigo. Suponemos que el territorio inmenso que ha de recorrer el ejército francés, los varios y diseminados países que ha de domar, la fiebre amarilla que ha de arrostrar, serán el castigo de la Providencia, ya que no viene sobre él un castigo de los hombres.

Pero mayor castigo merece aún este gobierno español, tan torpe, tan ignorante de nuestros intereses en América, y que nos ha precipitado en una intervención como la de México, de la cual saldremos necesariamente lastimados y heridos. Todo nos parece mal, todo cuanto ha hecho el gobierno. Fué un mal, ir á auxiliar á Francia. En todo hemos errado. Ahora bien: ¿qué responsabilidad se exige á ministros que así han comprometido el nombre de la patria? Ninguna. Así nunca tendremos ni libertad ni gobierno.

La Epoca sigue en sus trece, es decir, combate al gobierno por los sucesos de México, ó en otros términos, abdica su envidiable papel de caballero andante de la política francesa.

Con motivo de un bien pensado artículo del *Contemporáneo*, examinando la expedición á México, su objeto, y los resul-

tados que hoy hemos alcanzado, vuelve á insistir en que el gobierno ha aprobado, y no ha aprobado la conducta del general Prim; en que este no se vería exento de cierta responsabilidad para con su país, examinando las cosas bajo un punto de vista más elevado que el de nuestros partidos ó fracciones políticas. El *Contemporáneo* contestará cumplidamente al periódico de la tarde; pero entre tanto, hagan nuestros lectores un esfuerzo, empiñense, den, como si dijéramos, un salto, y estarán en el punto de vista más elevado en que el periódico de nuestro representante en Bruselas y Suiza se cierce hoy.

"Si la Francia, apoderándose de México, prescindiera del concurso de España, violando el tratado de Londres, interviniendo y tal vez conquistando, ¿a quién alcanzaria en primer término la responsabilidad de hechos funestos para nuestra influencia y nuestro porvenir en México, que de seguro no hubiese ocurrido en presencia de las armas españolas? Si Francia, después de vengado el desastre de Puebla, abre negociaciones con sus aliados, como lo esperamos, y demuestra con su desinterés y lealtad que no ha pensado nunca en faltar á la fé de los tratados, ¿a quién alcanzará en primer término la responsabilidad, no del rompimiento de Orizaba, porque de éste todos los plenipotenciarios son igualmente culpables, sino de los desastres sufridos por los soldados de una nación completamente abandonada por nosotros en un país enemigo y bajo la influencia de un clima tan insalubre como el clima de México?"

"Solamente en el caso de que la intención de la Francia hubiera sido contraria á la fé de los tratados y el éxito no correspondiera á estas intenciones, sino que por el contrario, se mantuviera la República y triunfara con Juarez, podría decirse que habia triunfado también la política del general Prim, y aun entónces todavía quedábamos expuestos á que interpretada nuestra generosidad por miedo, fueran desatendidas nuestras justas reclamaciones."

Piensa *La Epoca* que la España ha olvidado ya los sucesos. Figúrase que la conducta de los plenipotenciarios franceses en Orizaba, única y exclusivamente de la retirada de nuestras tropas, la vamos á interpretar ahora como digna y favorable á España. ¿Pues qué hicieron los satélites de San Luis Bonaparte, sino intervenir, desear y defender la conquista, torcer violentamente el sentido y letra del tratado de Londres? Si la Francia interviene, si